

C E N I C I E N T A

C H A R L E S P E R R A U L T

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

Había una vez un gentilhombre que se casó en segundas nupcias con una mujer que era la más altanera y soberbia que nunca se hubiera visto. Tenía esta mujer dos hijas de su mismo carácter y que se le parecían en todo. El marido también tenía una hija, por su parte, pero de una dulzura y una bondad sin par, heredadas de su madre, que había sido la persona más buena del mundo.

En cuanto se celebraron las bodas, la madrastra dio libre curso a su mal humor. No pudo soportar las buenas cualidades de la muchacha, que hacían aún más odiosas a sus hijas. Le encargó las más viles ocupaciones de la casa: era ella quien limpiaba la vajilla y las escaleras, la habitación de la señora y las de sus señoritas hijas; dormía en un desván en lo alto de la casa, sobre un miserable jergón, mientras que sus hermanas vivían en habitaciones de pisos entablados, tenían lechos muy a la moda y espejos en los que se veían de pies a cabeza. La pobre muchacha sufría todo pacientemente y no se atrevía a quejarse a su padre, pues éste, que se hallaba enteramente sometido a su esposa, la regañaría.

Cuando terminaba sus trabajos iba a sentarse sobre las cenizas en un rincón de la chimenea. por lo que en la casa se

la llamaba comúnmente Culigrís. La menor de sus hermanas, que no era tan grosera como la mayor, la llamaba Cenicienta. Sin embargo, a pesar de sus pobres vestidos, no dejaba por eso de ser cien veces más linda que sus hermanas, aunque éstas vistieran espléndidamente.

Sucedió que el hijo del rey dio un baile al que invitó a todas las personas de calidad y también a nuestras dos señoritas, ya que eran grandes figuras del lugar. Helas allí pues muy contentas y ocupadas, eligiendo los vestidos y peinados que mejor les sientan: un nuevo pesar para Cenicienta, porque era ella quien planchaba la lencería de sus hermanas y la que daba forma a sus mangas. Ellas sólo hablaban de la manera cómo se vestirían.

-Yo -decía la mayor- me pondré mi traje de terciopelo rojo y mis encajes de Inglaterra.

-Yo -decía la menor- me pondré la pollera de siempre, pero en cambio llevaré mi tapado con flores de oro y mi collar de diamantes, que no es de los menos bonitos.

Enviaron por una buena peinadora para arreglar sus peinados y compraron lunares de los mejores. Luego llamaron a Cenicienta para pedirle su opinión, porque tenía buen gusto. Cenicienta les aconsejó a la perfección y aun se ofreció para peinarlas, cosa que ellas aceptaron.

Y mientras las peinaba, ellas le decían:

-Cenicienta, ¿te gustarla ir al baile?

-¡Ah, señoritas!, ustedes se ríen de mí; no me corresponde . . .

-Tienes razón; la gente se reiría de ver a una Culigrís ir al baile.

Otra en lugar de Cenicienta las habría peinado mal, pero ella era muy buena y las peinó perfectamente bien. Se pasaron casi dos días sin comer, pues se sentían transportadas de alegría. Rompieron más de doce cordones a fuerza de apretarse para afinar su cintura y estaban siempre frente al espejo.

Por fin, llegó el feliz día y ellas salieron para el baile mientras Cenicienta las seguía con la mirada hasta donde alcanzaba a verlas. Se echó a llorar. Su madrina, al verla bañada en lágrimas, le preguntó qué tenía.

-Querría . . . querría . . .

Lloraba tan fuerte que no podía continuar. Su madrina, que era hada, le dijo:

-Querrías ir al baile ¿no es cierto?

-¡Ay, sí! -dijo Cenicienta suspirando.

-Y bien, si eres una buena chica -dijo su madrina- haré que vayas.

La llevó a su habitación y le dijo:

-Ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta fue de inmediato a buscar la mejor calabaza que pudo encontrar y se la trajo a su madrina, sin poder adivinar de qué manera esta calabaza podría hacerla ir al baile. Su madrina la vació y cuando no quedó más que la cáscara la tocó con su varita y la calabaza se transformó de inmediato en una hermosa carroza dorada.

Enseguida fue a mirar su ratonera, donde encontró seis ratones vivos; dijo a Cenicienta que levantara un poco la trampa y a cada ratón que salía lo tocaba con su varita: uno a uno se fueron transformando en hermosos caballos, de lo

que resultó un magnífico tiro da seis caballos de un lindo color gris arratonado.

Y como su madrina estaba pensando de qué manera haría un cochero, Cenicienta le dijo:

-Voy a ver si hay alguna rata en la trampa para ratas. Con ella haremos un cochero.

-Tienes razón -le dijo la madrina-, ve a ver.

Cenicienta le trajo la trampa, en la que había tres grandes ratas. El hada eligió una, por su señora barba. Y, al tocarla, la transformó en un gran cochero, con los más hermosos bigotes que jamás se hayan visto.

Y luego le dijo:

-Ve al jardín, encontrarás seis lagartos detrás de la regadera. Tráemelos.

En cuanto se los trajo, la madrina los convirtió en seis lacayos que prestamente subieron a la parte trasera de la carroza con sus trajes galoneados y allí se mantuvieron firmes, como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida.

El hada dijo entonces a Cenicienta:

-Bueno, ya tienes con qué ir al baile. ¿Estás contenta?

-Sí, pero no puedo ir con estas ropas miserables . . .

Su madrina no hizo más que tocarla con la varita, y sus ropas se transformaron en vestidos de paño de oro y plata, recamados de pedrería. Luego le dio un par de zapatos de cristal, los más lindos del mundo.

Así vestida subió a la carroza, pero su madrina le recomendó especialmente que no se quedara en el baile más allá de medianoche, pues si permanecía un instante más, la ca-

roza volvería a ser calabaza, sus caballos ratones, sus lacayos lagartos y sus viejas ropas retomarían su forma primitiva.

Cenicienta prometió a su madrina que no olvidaría salir del baile antes de medianoche y partió loca de alegría. El hijo del rey, a quien habían anunciado la llegada de una gran princesa desconocida, corrió a recibirla. Le tendió la mano para que descendiera de la carroza y la condujo a la gran sala, donde estaban todos ¡os invitados: se hizo entonces un gran silencio, la danza cesó o los violines dejaron de tocar, a tal punto todos prestaron atención a la gran belleza de la desconocida. Sólo se oía un confuso rumor:

-¡Ah, qué hermosa es!

El propio rey, viejo como era, no dejaba de mirarla, diciéndole a ta reina en voz baja, que hacía mucho tiempo que no veía a una mujer tan bella y encantadora. Todas las damas observaban atentamente su peinado y sus ropas, para tratar de imitarlos al día siguiente, siempre que hallaran artesanos tan hábiles y telas tan hermosas como serían necesarios.

El hijo del rey la ubicó en el lugar más distinguido y luego la tomó de la mano para bailar con ella, Y ella bailó con tanta gracia que todos la admiraron aún más. Sirvieron entonces una magnífica cena, de la cual el joven príncipe no probó bocado, tan ocupado estaba contemplando a la bella.

Cenicienta fue a sentarse junto a sus hermanas y las agasajó de mil maneras, compartiendo con ellas las naranjas y limones que el príncipe le había dado, todo lo cual les asombró mucho, pues no la conocían.

Mientras charlaban, Cenicienta oyó tocar las doce menos cuarto. Hizo entonces una gran reverencia y se fue lo más rápido que pudo.

Cuando llegó a su casa fue a vera su madrina y, después de agradecerle, le dijo que tenía muchos deseos de ir el baile también la noche siguiente, pues el hijo del rey se lo había rogado.

Mientras contaba a su madrina todo lo que había acontecido en el baile, llegaron las dos hermanas y Cenicienta fue a abrirlas.

-¡Cuánto tardaron en volver! -les dijo bostezando, fro-tándose los ojos y estirando los brazos, como si acabara de despertarse, aunque no había sentido ninguna gana de dormir desde que se habían separado.

-Si hubieras venido al baile -le dijo una de sus hermanas- no te habrías aburrido: vino la princesa más bonita que pueda verse. Fue amabilísima con nosotras y nos dio naranjas y limones.

Cenicienta no cabía en sí de alegría; les preguntó el nombre de la princesa, pero ellas le dijeron que no lo sabían, que el hijo del rey estaba muy intrigado y que daría cualquier cosa por saber quién era. Cenicienta sonrió y les dijo:

-¿Era tan bonita? ¡Dios mío, qué felices son ustedes! ¿No podría verla? ¡Ay!, señorita Javotte, présteme su vestido amarillo, ese que lleva todos los días.

-Pero, ¡por favor! -dijo la señorita Javotte-. ¿Cómo voy a prestarle mi vestido a una miserable Culigrís? ¡Ni que estuviera local!

Cenicienta esperaba esta negativa y se alegró de ella, porque se habría visto en un buen apuro si su hermana le hubiera prestado el vestido.

Al día siguiente las dos hermanas fueron al baile y Cenicienta también, pero aún mejor vestida que la primera vez. El hijo del rey estaba siempre junto a ella y no dejaba de decirle amabilidades; la joven no se aburría para nada y olvidó lo que su madrina le había recomendado, de manera que cuando oyó la primera campanada de las doce pensó que eran las once. Pero enseguida se levantó y desapareció tan rápidamente como lo habría hecho una gacela.

El príncipe la siguió, pero no la alcanzó; sólo pudo recoger cuidadosamente uno de sus zapatos de cristal que se le había caldo en la huida. Cenicienta llegó a su casa muy sofocada, sin carroza, sin lacayos y con sus pobres vestidos. Nada le habla quedado de toda su magnificencia, salvo uno de sus zapatos, el que formaba par con el que habla perdido. En el palacio preguntaron a los guardias de la puerta si no hablan insto salir a una princesa, pero ellos solo habían visto salir a una joven muy mal vestida, que más parecía una campesina que una señorita.

Cuando sus hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido tanto como la víspera y si la bella dama habla estado allí. Ellas le dijeron que sí, pero que había huido cuando sonó la medianoche, y lo había hecho tan velozmente que había dejado caer uno de sus zapatitos de cristal, el más lindo del mundo; que el hijo del rey lo había recogido, que durante el resto del baile no había hecho otra

cosa que mirarlo y que seguramente estaba muy enamorado de la bella persona a quien pertenecía.

Habían dicho la verdad: pocos días después, el hijo del rey hizo proclamar, al son de las trompas, que se casaría con aquella que pudiera calzar ese zapato.

Primero se lo probaron las princesas, luego las duquesas y toda la corte, pero inútilmente.

También llevaron el zapato para que se lo probaran las hermanas de Cenicienta, quienes trataron de meter en él sus pies, pero sin lograrlo. Cenicienta, que las miraba y reconoció su zapato, dijo riendo:

-¡Voy a probar, a ver si me va bien!

Sus hermanas se echaron a reír y se burlaron de ella. El gentilhombre encargado de probar el zapato, que había observado atentamente a Cenicienta encontrándola muy hermosa, dijo que era justicia que probara ella también, pues tenía orden de que se lo probara a todas las muchachas. Hizo sentar a Cenicienta y acercando el zapato a su pie vio que éste calzaba a la perfección. Grande fue el asombro de las dos hermanas y más grande aún cuando Cenicienta sacó de un bolsillo el segundo zapato, que se calzó en el otro pie. Entonces llegó la madrina, quien, con un toque de varita, hizo que las ropas de Cenicienta recobraran su esplendor.

Entonces las dos hermanas reconocieron en ella a la hermosa joven que habían visto en el baile. Se echaron a sus pies para pedirle perdón por los malos tratos a que la habían sometido.

Cenicienta hizo que se levantaran y les dijo, besándolas, que las perdonaba de todo corazón y que les rogaba que la

C E N I C I E N T A

quisieran mucho en el futuro. La llevaron a casa del príncipe, vestida como estaba. El la encontró más bella que nunca y pocos días después se casaron. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, hizo que sus dos hermanas fueran a vivir al palacio y las casó ese mismo día con grandes señores de la corte

Moraleja

La belleza es, para la mujer, un raro tesoro. Nadie se cansa nunca de admirarla. Pero la gracia no tiene precio, pues es más valiosa que la hermosura. Eso fue lo que otorgó a Cenicienta su madrina, adiestrándola e instruyéndola tanto y tan bien que hizo de ella una reina. (Porque también este cuento tiene una moraleja.) Bellas, ese don vale más que un hermoso peinado para cautivar un corazón, para alcanzar una meta. La gracia es un verdadero don de las hadas; sin ella nada se logra, con ella, todo se puede lograr.

Otra moraleja

Es una gran honra el ser inteligente y valeroso, tener buena cuna y buen sentido. Y disponer de otros talentos semejantes, recibidos en herencia del cielo. Pero todo esto será en vano, y para vuestro provecho de poco servirá, si no tenéis padrinos o madrinas para hacerlos valer.